

LA SONRISA DEBAJO DEL MOSTACHO

Manuel Vizuete Carrizosa

Universidad de Extremadura

La canícula de finales del junio parisino, en aquel año de 1894, reverberaba sobre los tejados de pizarra y se dejaba sentir sobre el menudo cuerpo del barón que, ocupado como estaba, con los pensamientos y los proyectos sobre el próximo restablecimiento de los Juegos Olímpicos, no prestaba la menor atención al sudor que lentamente empapaba la camisa blanca, que se dejaba entrever entre el chaleco y la levita. Sus grandes y largos mostachos ocultaban una leve y pícaro sonrisa que aparecía, de cuando en cuando, y cada vez venían a su mente, como en leves impulsos de oleaje, los recuerdos de la última semana. No se sabía muy bien por qué circunstancias, el congreso recientemente clausurado había pasado de ser una cuestión circunstancial y sin importancia a un hecho celebrado por el “todo París”. Desde el nombre, que cambió bruscamente a Congrès pour le rétablissement des Jeux Olympiques, al ambiente que consiguió crearse, todo se había conjurado para que la perfección realzara al acto: el gran anfiteatro de la nueva Sorbona frente al Bois sacré, la bellísima oda de Jean Aicard y el erudito comentario de Théodore Reinach, al que había precedido el discurso académico del barón de Courcel, así como la audición de la armonía coral que interpretó el Himno a Apolo, rescatado hacía poco tiempo de las ruinas de Delfos, y en el que Gabriel Fauré echó todo su entusiasmo, hasta conseguir que la antiquísima euritmia cruzara por el vasto recinto. Volvió a sonreír, después de aquello nadie se atrevería ya a votar contra los Juegos Olímpicos.

Estando en estos pensamientos, y prácticamente empapado, se encontró, casi por sorpresa, con la frescura del portal del apartamento que M. Bikelas tenía en la rue de Babylone. El propio Bikelas abrió la puerta, Sloane ya había llegado y E. Callot, el tercer convocado a la reunión no tardó en hacerlo. La cuestión que se debatía era conseguir convencer a Bikelas para que aceptase la presidencia del Comité Olímpico Internacional, Bikelas no tenía ninguna gana de ser Presidente, y nuestro hombre, por su parte, sostenía la idea de una presidencia móvil que estuviera ligada, de hecho, a la nacionalidad de la siguiente Olimpiada, desde el entendimiento de que todo aquello que favoreciese el carácter internacional de cada uno de los ciclos que se abrían era de una especial y trascendente importancia. Terminado el té, las pastas y el café, y llegadas las discusiones al punto en que el humo de los cigarros y los vapores del alcohol hacían competencia a la calima exterior se decidió que Bikelas debería ejercer las funciones de Presidente del Comité Olímpico Internacional hasta finales de mil ochocientos noventa y seis, en tanto que el barón le sucedería en el mandato para los próximos cuatro años, ocupando hasta entonces, como él quería, el cargo de Secretario General que, a su juicio, era como ser el motor de lo que imaginaba como una activa administración. Volvió a sonreír picaramente, esta situación no era en absoluto nueva para él, ya la había ensayado con éxito en la Unión Francesa de Deportes Atlético, con un excelente resultado cuya consecuencia había sido

la renovación y el impulso alcanza por el atletismo en Francia.

Ya en la salida del apartamento y antes de decidirse a disolver la reunión de aquella calurosa tarde, mientras desde el rellano miraba al sudoroso Bikelas, que estaba agarrado con aire cansino al marco de la puerta, soltó de una sola vez sus definitivas ideas sobre lo que debía ser el Comité Olímpico Internacional: mantener una independencia absoluta de cualquier ente u organismo, no admitir ningún tipo de delegados y, por supuesto, no aceptar ninguna subvención. Bikelas, al tiempo que adelantaba la mano para un apretón de despedida, murmuró “la armadura del pobre” y cerró la puerta del apartamento. En el landó que le llevaba de regreso meditó las últimas palabras de Bikelas, ciertamente tenía toda la razón, pero debía ser así si se pretendía asentar un futuro sólido y duradero, hasta ese momento la institución recién nacida solo tenía un nombre ilustre y ningún cimiento, práctico el grandioso himno de Apolo que tanto hizo subir la emoción de los asistentes al Congreso había sido entonado por muchos más artistas que deportistas y lo que debería haber sido la apoteosis final del restablecimiento de los Juegos Olímpicos había quedado difuminada en medio de la emoción general que había causado el asesinato del presidente Carnot.

Despertó al día siguiente con una extraña sensación, mezcla de vacío y responsabilidad, quizás hubiera deseado más lucha en aquella primera reunión de lo que ya era el Comité Olímpico Internacional, sin embargo volviendo a la realidad de las cosas se



Pierre de Coubertin fue un pedagogo francés partidario de introducir el deporte en la escuela. Uno de los objetivos que le llevó a crear las modernas Olimpiadas fue reducir las tensiones entre los países.



puso a redactar el boletín trimestral número 2 dando cuenta de la guerra que había sido preciso mantener con los atletas para que no quedaran postergados en el programa olímpico, los que ellos llamaban “deportes accesorios”. Con resuelta decisión y ánimo fue poniendo en claro las ideas y al tiempo que experimentaba el placer de sentir como gemía el papel con el roce de la pluma volvió a sonreír al tiempo que escribía satisfecho:

Se nos pide que precisemos exactamente el carácter de nuestra empresa. He aquí la respuesta en breves líneas... Al dar nueva vida a una institución desaparecida hace tantos siglos, pensamos lo siguiente: el atletismo ha alcanzado una importancia que va en aumento año tras año... Su papel es presumible que sea tan considerable y de tanta duración en el mundo moderno como lo fue en el antiguo; sin embargo, reaparece con nuevos caracteres; es internacional y democrático, apropiado, por con-

siguiente, a las ideas y a las necesidades de los actuales tiempos. Pero, hoy como ayer, su acción será beneficiosa o perjudicial, según el uso que hagamos de él y la dirección que le imprimamos. El atletismo puede poner en juego las pasiones, tanto las más nobles como las más viles; puede desarrollar el desinterés y el sentimiento del honor, pero también el egoísmo del lucro y la ganancia; puede ser caballeresco o corrompido, viril o bestial; puede, en fin, emplearse tanto para consolidar la paz como para preparar la guerra. Y he aquí que la nobleza de sentimientos, el culto del desinterés y del honor, el espíritu caballeresco, la energía viril y la paz, constituyen los más caros postulados de las modernas democracias, sean monárquicas o republicanas...

Se encontraba agradablemente sorprendido, sosteniendo entre los dedos la carta que acababa de recibir desde Nápoles del duque de Andria en aquel día 15 de Septiembre, pasó

revista a las recibidas hasta entonces y, ciertamente, junto a la que llegara de M. Cuff procedente de Christchurch el pasado día 4, eran ya doce las nacionalidades representadas en el comité Olímpico Internacional que llevaba, ahora sí, todas las trazas de completarse. Realmente el Comité era un *self-recruiting body*¹ que quedaba estructurado, según las ideas de su creador, en tres círculos concéntricos: en el *núcleo* los fieles trabajadores convencidos de la idea y de los objetivos a conseguir, en el medio el *semillero*, un grupo de miembros de buena voluntad susceptibles de ser educados y, hacia el exterior *la fachada* compuesta por gente más o menos utilizable que servía para halagar con su presencia las pretensiones nacionales y prestigiar al conjunto. Se reclinó en el asiento y respiró con satisfacción el aire parisino del atardecer de aquel verano que amenazaba con no marcharse nunca.

La carta de Bikelas, que no había dado señales desde su partida, fechada el 4 de Octubre había elevado hasta lo más alto su entusiasmo por lo que suponían de aceptación de la ciudadanía, del hombre de la calle griego, al proyecto olímpico: *.....desde Brindisi hasta aquí todos mis compatriotas me hablan de los Juegos Olímpicos con alegría...* tras leerlo una y otra vez para convencerse a sí mismo de lo que no era un sueño lo que estaba ocurriendo, depositó suavemente la carta sobre un ejemplar de *Le temps* cuyo corresponsal en Grecia transmitía en un artículo las mismas impresiones que Bikelas. Estas halagado-

◆◆

***El atletismo puede poner
en juego las pasiones,
tanto las más nobles
como las más viles;
puede desarrollar el
desinterés y el senti-
miento del honor, pero
también el egoísmo del
lucro y la ganancia;
puede ser caballeresco o
corrompido, viril o bes-
tial; puede, en fin,
emplearse tanto para
consolidar la paz como
para preparar la guerra.***

◆◆

ras noticias y la impresión de que el proyecto olímpico estaba en el buen camino, le lanzaron, durante aquel día y los siguientes, a un frenético afán recopilador de documentos nuevos y antiguos ante la inevitable necesidad de afrontar la elaboración de un programa detallado para la celebración de los primeros Juegos Olímpicos de la era moderna: cartas de G. Strehly de París sobre los deportes

gimnásticos, de Herbert desde Londres sobre las distancias más convenientes para las carreras pedestres, de la Unión Ciclista Francesa y de la National Cyclist's Union sobre como deberían llevarse a cabo las pruebas ciclistas y, especialmente, el informe que él mismo había encargado a la Société d'Encouragement de l'Esgrime sobre los deportes de esgrima para profesores y aficionados que prestarían, sin duda, el necesario aire romántico y caballeresco a los nuevos Juegos Olímpicos. La nueva carta de Bikelas, recibida al día siguiente, volvió a encender su entusiasmo. En la entrevista que Bikelas había tenido con el Sr. Tricoupis, Presidente del Consejo de Ministros, aunque este había confesado a Bikelas que personalmente habría preferido no enfrentarse a este tema, estaba "bien dispuesto".

Al salir de casa y mientras colocaba el pesado equipaje que contenía el proyecto olímpico completo, con todos los documentos incluidos, le entregaron una carta que, aunque enviada desde Grecia y remitida por Dragounis, no se atrevió a abrir por sí, como se temía, podía hacer cambiar su decisión de desplazarse a Grecia. En la estación, mientras tomaba el rápido de Marsella la acarició dentro del bolsillo y nuevamente antes de subir la escalerilla del *Ortégal* rumbo al Pireo, finalmente, ya a borde del barco, fuera del puerto y cuando el oleaje de alta mar y el frío viento invitaban a encontrar un lugar íntimo y cálido, el barón abrió la carta. Como se temía, en ella, Esteban Dragounis, Presidente del Zappeion le daba cuen-

1.- Así definido por Pierre de Coubertin en sus Memorias Olímpicas, significa: Organismo que recluta a sus propios miembros.

ta de las conclusiones a las que habían llegado sus colegas y el mismo sobre la inviabilidad del proyecto, aconsejándole que no se desplazase y que renunciase a la loca idea del restablecimiento de los Juegos Olímpicos. De nuevo una sonrisa, esta vez casi amarga, sirvió para confirmar como había hecho perfectamente en no abrir la carta al salir de casa en París o en el tren que le llevó a Marsella, ahora, montado en aquel barco que cabeceaba tercamente contra el fuerte oleaje no le quedaba otro remedio que tratar de convencer y vencer en el propio campo griego.

No podía dormir, el barco había llegado de noche al Pireo y debía esperar el amanecer para entrar en el puerto: despierto, nervioso y agitado paseaba por el puente o se reclinaba en la barandilla mirando las lejanas luces de la ciudad y repasando una

y otra vez sus argumentos para tratar de convencer a deportistas, hombres de ciencia y políticos de la importancia y de la viabilidad de su proyecto. Al final, nada fue como había previsto y repasado en su mente, una y otra vez, simplemente, los hechos sucedieron a los hechos.

El desembarco estuvo adornado de los gritos y saludos de un grupo de entusiastas que, casi en volandas, lo llevaron a visitar el viejo y casi informe Estadio. Sobre el desnudo talud, privado de lo que fueron sus vistosos mármoles y estatuas y al tiempo que miraba los restos del famoso pasadizo por el que los atletas desembarcaban en la pista, percibió en un momento todo el peso de la historia, le pareció oír los gritos de júbilo y de desaliento de los milenarios atletas, el eco de la multitud en el Estadio, la pompa de las celebraciones rituales...

La brisa, moviendo los largos pelos del mostacho, le devolvió a la realidad, limpiándose unas lágrimas rebeldes se volvió a sus acompañantes y con ánimo más que resuelto se dispuso a enfrentarse a lo que ya parecía una auténtica batalla política.

Sin tiempo de deshacer las malestas se presentó sin avisar Monsieur Maurouard, encargado de negocios de Francia y, antes de que abriera la boca para ponerme en antecedentes y sin ningún tipo de protocolo, entró el Jefe del Gobierno Sr. Tricoupis para sin ningún tipo de ceremonias tratar de convencerlo de la inviabilidad económica del proyecto, especialmente, dijo él, para un país que como Grecia tenía una fuerte deuda externa y no estaría bien visto por sus acreedores los gastos suntuarios que requerían unos Juegos Olímpicos acordes con la dignidad y el peso de la historia griega. No bien se había retirado apareció el Sr. Teodoro Delyannis, jefe de la oposición, para brindar su apoyo incondicional al proyecto y decirle que estaban dispuestos a motivar todas las acciones políticas necesarias, incluidas las de tipo parlamentario con tal de devolver a Grecia la herencia viva de su patrimonio histórico. Cuando ya casi estaba a punto de organizar su equipaje y sus documentos, una nueva comisión, encabezada por Georges Melas, hijo del alcalde de Atenas, Alexandre Mercati, hijo del director de la Banca, y otros jóvenes notables, reclamaron ruidosamente su presencia en una comida que habían organizado en el mismo hotel. En ella se dispuso que Mercati, condiscípulo del príncipe heredero, a la sazón regente en ausencia del rey,

EL CÓDIGO OLÍMPICO

No existía un conjunto de normas escritas que regulasen detalladamente la participación de los atletas en los Juegos Olímpicos. Pero, sobre la base de informaciones de diversos escritores antiguos, P. Villalba y Varneda ha elaborado lo que podríamos denominar «Código Olímpico» formado por dieciséis preceptos.

1. Ser griego y libre, no esclavo ni meteco (extranjero).
2. No estar perseguido por la justicia ni ser sacrilego.
3. No haber transgredido la «Tregua olímpica».
4. Entrenarse durante los dos meses anteriores a las Olimpiadas o durante treinta días seguidos en Élide.
5. Inscribirse, como mínimo, un mes antes del comienzo de las competiciones.
6. Las faltas de puntualidad son motivo de exclusión.

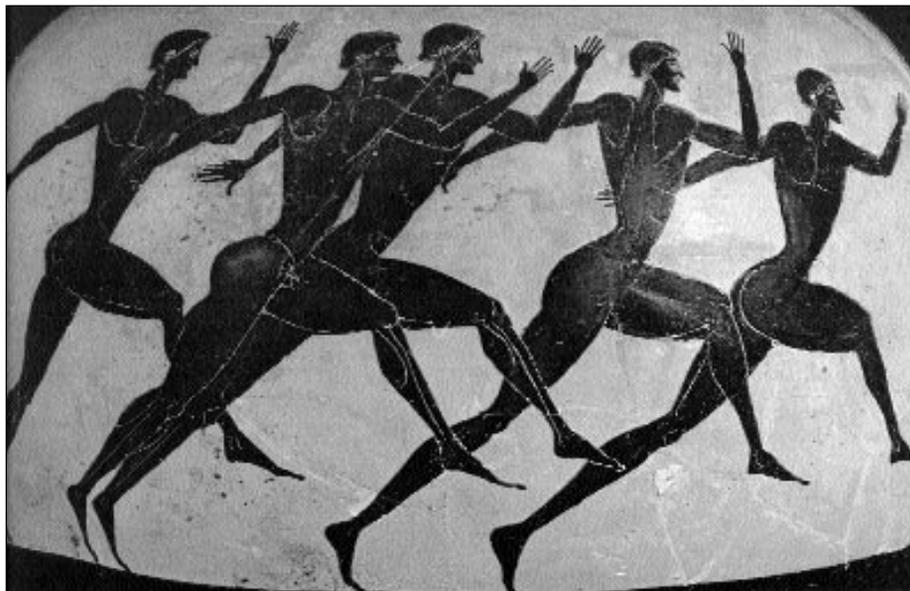
7. Se debe competir desnudo.
8. Los entrenadores deben estar desnudos también.
9. Está prohibido intimidar o matar al rival y todo intento de hacer daño o matar será castigado.
10. Son conductas punibles sobornar al rival o dejarse sobornar.
11. El atleta que quede sin contrincante será proclamado vencedor.
12. Todo atleta que se sienta maltratado podrá apelar al Consejo olímpico.
13. Las decisiones de los árbitros no serán nunca anuladas.
14. Los helanódikas no podrán participar en las competiciones.
15. Las mujeres casadas tienen prohibido acudir a los Juegos o penetrar en el recinto olímpico: las culpables serán despeñadas desde la cumbre del monte Típeon.
16. Será castigada la cobardía ante un rival.

organizaría a la mayor brevedad un encuentro del barón con el príncipe. Entre tanto, entre visita y visita, el cochero de George Melas, de cuando en cuando paraba el landó, descendía de él y con toda familiaridad, sin ninguna consideración y en un griego incomprensible escenificaba, asumiendo los distintos personajes, como, a su juicio, había de tratar y comportarse el barón con el Primer Ministro y con el Príncipe Heredero, acciones estas que contribuían a disipar la tensión de aquellos días y que el barón recordaría toda su vida.

La prensa griega, igualmente, se encontraba dividida a favor y en contra del proyecto. Así entre entrevista y entrevista y haciendo días de las noches, el barón diseñó lo que sería el escenario de los juegos, hecho en madera, su importe total estaba en torno a 250.000 dracmas. Con él en la mano se encaminó a visitar a Tricoupis, en el recorrido y aprovechando unas sombras el cochero, una vez más le escenificó la forma en que debía tratar al Primer Ministro, así, no sin sudores y tras una larga espera se encontró de nuevo con Tricoupis al que ya, algún traidorzuelo, había puesto sobre aviso. Tras una nueva edición de excusas y de problemas de solución inviable, el barón le solicitó una *benévola neutralidad* que, aunque se apresuró a garantizarla, la forma en que lo hizo y la cara que puso dio a entender que, aunque concedía al barón una sala del Zappeion para sus reuniones, tenía todavía demasiadas restricciones mentales sobre el asunto.

La reunión que había convocado para el 12 de noviembre era una de esas en las que todo y nada puede

ocurrir, con sus mejores galas, y tratando de destacar su pequeña imagen sobre el fondo del salón maniobró la reunión con tal habilidad que de ella salió, previamente patrocinado por el príncipe lo que eliminaba cualquier oposición de antemano. El Comité Organizador de los Primeros Juegos Olímpicos de la era moderna, aprovechando este entusiasmo inicial de los nuevos conversos a la religión olímpica se planteó el programa que



desde París viajaba en la maleta, por aclamación fue aprobado. La feliz coincidencia de las pascuas: griega y occidental en el año de 1886, permitió fijar las fechas de los Primeros Juegos Olímpicos sin engorrosas discusiones religiosas, los Juegos tendrían lugar del 5 al 15 de Abril de 1896.

La despedida de Atenas y de Grecia había sido casi triunfal, tras una velada literaria en la sociedad literaria “El Parnaso” y la entusiasta acogida

de la “Société Panachaique de Gymnastique” en Patrás, tuvo tiempo de vagar durante una mañana completa entre las ruinas de la sagrada Olimpia. Vía Corfú y Brindisi había llegado a Nápoles donde el Duque de Andria le dispensó una calurosa bienvenida, sin embargo, ahora, tras la conferencia que acababa de pronunciar en el Círculo Filológico, tenía la impresión de estar hendiendo el aire a ciegas con una larga espada.

Lejos de las armonías del Himno de Apolo y de la impresionante silueta del Partenón, perdido en las viejas calles napolitanas de estilo español se sentía todavía más pequeño, aspiró con deseo el seco y aromático aire del diciembre napolitano tratando de infundirse vigor y fortaleza, aquello todavía estaba por madurar y en el poco tiempo que quedaba era necesaria, ahora más que nunca: velocidad, altura y fuerza.